

la corona española y de la hacienda del rey, hábil guerrero formado en las luchas de Flandes; pero también, inhábil para la conducción de cuestiones políticas y económicas, cuestiones que tantos problemas le acarrearían mientras fue gobernador de Milán y capitán general de los ejércitos de Felipe IV en el Milanesado.

Otro aspecto importante del trabajo es, sin duda alguna, el significado que asigna a la guerra mantuana. La guerra por la sucesión mantuana, comenzada a la muerte del duque Vicente II, fue, más que la rivalidad entre la casa francesa de Nevers y la italiana de Guastalla, la lucha entre Francia y la Monarquía católica española.

Francia apoyaba las pretensiones de Nevers — más justas, por otra parte, que las de Guastalla, ya que tal era la voluntad del duque desaparecido y ya que una sobrina de éste había contraído matrimonio con el hijo de Nevers — por el deseo de intervenir en los asuntos italianos y de quebrar el cerco español, extendido a lo largo de su frontera oriental, desde Flandes hasta los Pirineos.

La Monarquía católica intentaba asegurarse el Milanesado con el dominio sobre las fuertes plazas de Mantua y el Monferrato.

Por otra parte, su fracaso en la guerra mantuana señala el ocaso militar de los Austrias.

La obra consta de dos partes; la primera comprende el estudio y comentario de los hechos; la segunda es un apéndice documental donde se publican algunos de los documentos hallados en Simancas, que Felipe IV mandó archivar secretamente para no desprestigiar a la casa de Córdoba, que tantos servicios había prestado a la corona española.

LIA N. URIARTE REBAUDI.

MIGUEL ARTOLA, *La revolución española (1808-1814)*, pp. V a LVI, Madrid, 1957.

Los afrancesados, con un prólogo de Gregorio Marañón, 335 pp. e ilustr., Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1953.

Miguel Artola ha puesto por mira de sus estudios históricos la revisión de aquellos años que sirven de puente entre la antigua sociedad y la contemporánea y que, pese a su singular importancia para la comprensión de nuestro pasado, se hallan por demás descuidados.

Para sacar el problema fuera de las estrechas bases en que descansaba, la primera tarea consistía evidentemente, en una vuelta a las fuentes. A esta actividad se debe la colaboración de Artola en la prosecución de la Biblioteca de Autores Españoles señalada con la edición de un tomo de las obras de Jovellanos, precedido por unas páginas de este autor¹, y la recopilación de

¹ Tirada aparte, M. ARTOLA, *Vida y pensamiento de don Gaspar Melchor de Jovellanos*, 89 pp., Madrid, 1956.

dos tomos de *Memorias de tiempos de Fernando VII* por las que desfilan los principales personajes de la escena política de aquel reinado. En un estudio preliminar, citado en nuestro encabezamiento en primer término, Artola revive la circunstancia histórica que rodeó la actividad de aquellos hombres. La misma no es sino la azarosa etapa comprendida entre 1808 y 1814 y que Artola gusta llamar Revolución española, tal vez como parangón de su homónima francesa, tal vez para subrayar el sentido nacional de la misma, nacional en términos de derecho público, que lo que es en sociales, no se escapa a su perspicacia el carácter clasista que la anima. En verdad la introducción a estas *Memorias* sirve a Artola de pretexto para retomar diversas cuestiones. Este opúsculo pone así al día los conocimientos antes de que el autor se lance a abordar las diversas facetas del conjunto, tarea que en un día le brindará ocasión de reconstruir una nueva síntesis. Precisamente un libro sobre la faceta política e ideológica de los afrancesados ha publicado ya Artola. Este libro constituye como una hoja del díptico en que se inscriben los acontecimientos de aquellos años y del que *La Revolución española* representaría la otra. Densa obra, esta de *Los Afrancesados*. Rico fruto de una asidua consulta de los repositorios documentales; larga elaboración de los datos.

En la introducción Artola pasa revista a las bases de la ideología afrancesada que desmenuza en seguida en sus motivaciones y matices. Luego, tras recalcar las ideas sobre España de Napoleón — el otro miembro de aquel diálogo de sordos que se iba a entablar — pasa el autor a la actuación de los afrancesados lo que, en gran medida, equivale a relatar con información de primera mano las incidencias del reinado josefino. Cinco son las etapas del mismo según establece Artola. La primera desde junio hasta la intervención personal del Emperador; la siguiente hasta los decretos imperiales de febrero de 1810 que ensayan el desmembramiento de la nación; otra la constituye la reacción nacional del gobierno josefino hasta el viaje a Francia del monarca en un supremo esfuerzo de modificar la política napoleónica respecto a este país; la cuarta, aquel interinato del gobierno provisional y el regreso del Rey intruso hasta la anexión de Cataluña y la última comprende, en fin, la caída del régimen josefino. Cierra el libro un capítulo dedicado a la suerte de los afrancesados en las disposiciones legales de la Restauración hasta el trienio constitucional.

De etapas anteriores quizá la más apasionante sea aquella en que el rey, junto con sus colaboradores perfilan un antagonismo con Francia. Paso a paso los seguimos en su intento de reclamar para sí la dirección del gobierno de España aferrándose sin embargo a una colaboración en que la posición de cada parte era tan desigual. Vanas reclamaciones, es cierto, más su actitud los reivindica como fuerza política actuante dentro del enmarañado panorama de la política del momento, lejos de ser mero apéndice a las órdenes del ocupante. Llegados a este punto, cabe preguntarnos cuáles son las ideas rectoras de los trabajos de Artola. La primera sería precisamente ésta: que

existe un partido moderado y partidario de las reformas cuya filiación habría que buscarla entre los adeptos al despotismo ilustrado y cuyas ideas, en medio del desconcierto de la invasión, les llevan como recurso sincero a colaborar con el ocupante. La otra vendría a definir la primera mitad de la centuria decimonónica como un único proceso revolucionario cuyo objeto fue la conquista del poder por la burguesía. La afirmación coincide, por lo tanto, con la división de la historia contemporánea en una revolución burguesa y otra proletaria formulada por Bruguera y que hemos recogido en la reseña de su libro en un número anterior de esta revista (n° XXIII-XXIV, pp. 327-333). Para Artola en la primera de ellas cabe además distinguir dos fases: « De 1808 a 1814 España lleva a cabo su gran revolución ... El medio siglo sucesivo no fue sino la conversión de lo legislado y formulado en Cádiz en realidad social viva y operante ». Son palabras de Artola. Tal concepción del proceso histórico encierra evidentemente un interesante corolario y es que el autor desdén el debate en torno a la originalidad del pensamiento liberal español cuando lo que urge es averiguar las transformaciones sociales operadas a la sazón. A este respecto conviene no obstante prestar una atención especial a la Constitución gaditana por cuanto contuvo de programático. Ahora bien, para que la acción liberal se plantease, para que frente al rey surgiese una patria y frente al viejo orden una nación con voz propia, se requería empero que la superestructura política sufriera una crisis. Ésta se manifestó en forma de crisis dinástica que puso a prueba al país. Los hechos de aquel acontecimiento son los que Artola describe en la primera parte de su opúsculo.

Junto a tesis de esta magnitud someramente resumidas por nosotros, ¡ cuántas sugerencias a cada instante ! Sentimos a cada paso la necesidad de apremiar al autor a que responda a las preguntas que la lectura suscita. Hay sin duda una satisfacción en recoger tantas incitaciones pero, no por ello, deja de aparecer al cabo cierto desasosiego al ver el largo trecho que falta por recorrer. ¿ Qué sabemos en efecto no ya de los acontecimientos políticos que conocemos desde luego mal, sino de la transformación real de las instituciones ? Y no en el papel, sino cuerpo por cuerpo o región por región. ¿ Qué sabemos de la evolución económica por aquella malhadada idea de Hamilton de concluir su investigación en 1800 ? Aún así, ¿ cuánto no quedaría por ver ? ¿ Cuáles fueron las oscilaciones de corta amplitud de la vida económica y cómo influyeron sobre los acontecimientos ? ¿ Qué transformaciones sociales se operaron ? ¿ Qué alteraciones de la estructura del país ? ¿ Qué reacciones psicológicas concretas se produjeron en cada momento y lugar entre las masas o entre determinadas capas o grupos sociales ? ¡ Programa ambicioso ! Tal vez, mas volvemos los ojos a la historiografía francesa referente a su revolución y, si por un lado en el cotejo las obras de Mathiez, Lefebvre, Labrousse ... siembran cierto desaliento, también nos hablan de cuánto es posible y necesario hacer. Felicitemos a Artola por haber elegido una meta ardua de alcanzar.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.